

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES
25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES
25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas. » trimestre..... 2,50 » » año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas. » semestre..... 6 » » año..... 12 »

LA MARI-MORENA

—Ya está armada. Vengan los valientes, aquí ahora se ofrecen venturosas ocasiones para lucirse los caballeros de todas las órdenes, hábitos y cruces, y aun para los deshabetados, quiero decir los que no tienen hábito ni cintajos... Vaya vuesamercé, D. Quijote, y lance se al combate contra los infieles...

—¿Qué es ello, Sancho? que dispuesto me hallo como siempre á emprender hazañas que ilustren mi patria y glorifiquen mi nombre.

—Es que los griegos ya pelean con los turcos, pues el gran sultán tiene, como Barba-azul, un cañón y sé cuántos cañones más, y que vuesamercé puede pelear... Digo, si vuesamercé no sale ahora y se arranca por *peteneras* y nos resulta político trascendental, y se pone de parte de los turcos contra los griegos, ó se distrae leyendo un latoso artículo del doctor Pulido.

—Estoy con los griegos, vive Dios, que son cristianos y además pelean por su libertad... que es el más precioso bien que puede para sí desear toda humana criatura; así, pues, ensilla á Rocinante y vente presto, que de seguida marcharemos á realizar proezas que han de merecer verse escritas en vitela, pintadas en tablas, escultadas en mármoles y bronce para memoria en lo futuro.

—En cuanto á lo de ensillar á Rocinante, bueno, así lo haré, que soy vuestro criado, pero no lo de seguir á vuesamercé; dispense, que por ahora no lo hago...

—¿Cómo así, bellaco, mandria? Tal escudero no vi, ni de tan grande collón hay noticia en libro alguno de los muchos libros de caballerías que yo leí...

—Mis razones tengo.

—Para ser villano, más que hombre gallina... no precisas otras razones que la miserable condición de tu natural medroso...

—Razones me tengo, señor.

—Ningunas, ¡voto á tal!

—No vote, señor, que es cosa vana y excusada en tiempo de conservadores, y atiéndame.

—No quiero prestar mis orejas á rebuznos de asno asustadizo... Pero te juro que conmigo has de ir y has de tirarte á las barbas del gran turco.

—Repito, señor, que tengo mis razones... que deseos no me faltan, ni tan apocado soy de ánimo, aunque vuesamercé creyere lo contrario.

—Ta, ta, ta... ¿Valiente tú? ¿tú animoso? ¿quién pudo decirlo nunca? Ni qué razones podrás tú ofrecer en defensa de la pobreza de tu corazón y de la timidez de tu ánimo? No ves que hoy estamos todos en España muy interesados en la cuestión de oriente, que lo olvidamos todo por meternos si fuere preciso en lo que no nos importa, y donde, aunque no fuere preciso, nos meteremos?

—Ahí está la cuestión... Que yo creo que hay una guerra más necia y una cuestión más enredosa y difícil que las tales guerras y cuestiones de Oriente, y por estas que yo digo estamos yo, Cánovas y Morlesín (que diga lo que se quiera es un chico muy listo), que no nos llegan las respectivas camisas á nuestros respectivos cuerpos.

—¿Qué cuestión y qué guerras son esas, condenado

Sancho, que siempre has de agotar mi paciencia? —Si vuesamercé ha de oírme con ánimo irritado, la cólera le cegará y no le dejará ver, le ensordecerá y no le dejará oír... Cállese y atiéndame.

—Habla, pues... y cuida tener cuenta con lo que dijeres y pulso con tus bellaquerías que luego, si de mí pretendieses burlarte... te rompía las costillas y quedarías deshecho... y desatornillado.

—¡Ah, mi amo y señor, y como los que parecemos rústicos no lo somos, y hay quien lo tiene por muy avisado como Romero Robledo y no falta un *Castellani* que se la juegue! ¿No comprende, no acierta, no adivina vuesamercé á qué guerra, á qué cuestión me refiero y de las cuales va á esperarse más enredo y jaleo que en todas las Grecias y Turquías? Pues ¿de qué he de hablar sino de la mari-morena?... la mari-morena...

—¿Que apuras mi paciencia, Sancho de los diablos!

—Allá, la Marimorena, si que la de apurar la de todos los españoles... La Marimorena—ó sease la Zarabanda, ó por otro nombre la Parlamenta, que estási se abre ó no se abre de uno para otro día... esa es la guerra y la cuestión que me preocupa... No ve vuesamercé que ello es de cuidado... porque si las Cortes van á ser *verdad*... dígame á vuesamercé qué cisco, qué zipizape, qué barahunda, qué estrépitos, qué tormentas van á armarse, qué chubasco, qué haces de rayos y centellas van á caer sobre mí, Sr. D. Antonio, sultán *supremísimo*, infalible... é inviolable... y si fueren mentira, y todos los diputados dijeren amén á todo... Paréceme á vuesamercé que no queda cuestión árdua en que pensar... No será sino ésta... Si votos para qué rejas—si rejas para qué votos; esto es, si aquí todo lo ha de hacer D. Antonio... ¿para qué tenemos Parlamento?... Si tenemos Parlamento, ¿por qué ha de llevar la pesada cruz del gobierno y de todo D. Antonio ayudado por Morlesín su Cirineo?

Vale más que dejemos el sistema liberal parlamentario... regalemos un gorro colorado, una pipa, un alfanje y un almohadón á D. Antonio... Nombremos eunuco á Linares Rivas... (que ya para guarda de harem podrá quedar), y todos de rodillas con los brazos al pecho y dando con el testuz en tierra, gritemos:

¡Antonio es Antonio y Morlesín es su profeta!

Y en este caso... creo yo...

—¿Qué es lo que crees?...

—Que maldito lo que debe importarnos los griegos y su libertad... aliarnos debemos á los turcos nuestros hermanos.

EL CALVARIO

Juan, peón de albañil, tenía un chico que, en opinión del padre era una perla. Por él, encaramado en el andamio, se exponía á romperse la cabeza y no echaba unas copas los domingos ni se compraba nunca blusa nueva. Al volver á su casa por la noche, fatigado y rendido de la brega, se acercaba á la cuna del muchacho y se pasaba allí las horas muertas, con la cara del ángel escondida entre sus barbas sucias y revueltas,

cantando á media voz las dulces coplas lentas y tristes de la *nana* eterna.

Un día el chico se murió. ¡Los niños se mueren casi todos! La miseria, tras de ayudar al mal ó prepararlo, no permite el socorro de la ciencia: Juan empeñó la capa pingajosa y compró un ataúd por seis pesetas. Él mismo le cerró, se le echó al hombro, y una tarde de toros, tarde espléndida, en que Madrid entero rebullía y se lanzaba ansioso á las afueras, fué á enterrar allá lejos aquel hijo que era el único ímán de su existencia... Lloraba el infeliz, y sobre el yeso que le pintó en el rostro una careta resbalaban las lágrimas, grabando los surcos que el arado hace en la tierra.

Restallaban los látigos, crugían abrumados del peso ejes y ruedas, y entre el ruido de alegres cascabeles y el inmenso barullo de la fiesta la carretera de Aragón arriba iba subiendo Juan, muerto de pena, sólo con sus dolores, ¡hala, hala! con la cajita de su niño acuestas. A fuerza de codazos y empujones pasó la plaza y se acercó á las Ventas. Allí no pudo más. Los merenderos rebosaban de gente, las parejas bailaban alrededor del organillo, de vino y goces y entusiasmo ebrios. Vibraban en el aire los rumores de risas, chicleos y blasfemias, y era el contraste tan brutal, tan duro, que perdió el desgraciado la cabeza y, sintiendo una angustia indefinible, dió con su cuerpo y con la carga en tierra.

Cesó por un instante el bailoteo, se quedaron vacías las tabernas, y aumentaron los grupos de curiosos á punto de obstruir la carretera. —¡Mía que caerse aquí! (dijo una chula muy guapota y muy *barbi* y muy flamenca, dejando de bailar un vals ceñido). Irá borracho. ¡Pa lo que eso pesa!— Y anudando el pañuelo á la cintura, volvió para agarrarse á la pareja.

SINESIO DELGADO.

LA CARCAJADA

—¡Noticias, grandes noticias! entró gritando en la redacción uno de nuestros amigos, noticiero de afición ó *dilettanti* del reporterismo.

—¡A ver, á ver! exclamamos todos, agrupándonos en torno del recién venido.

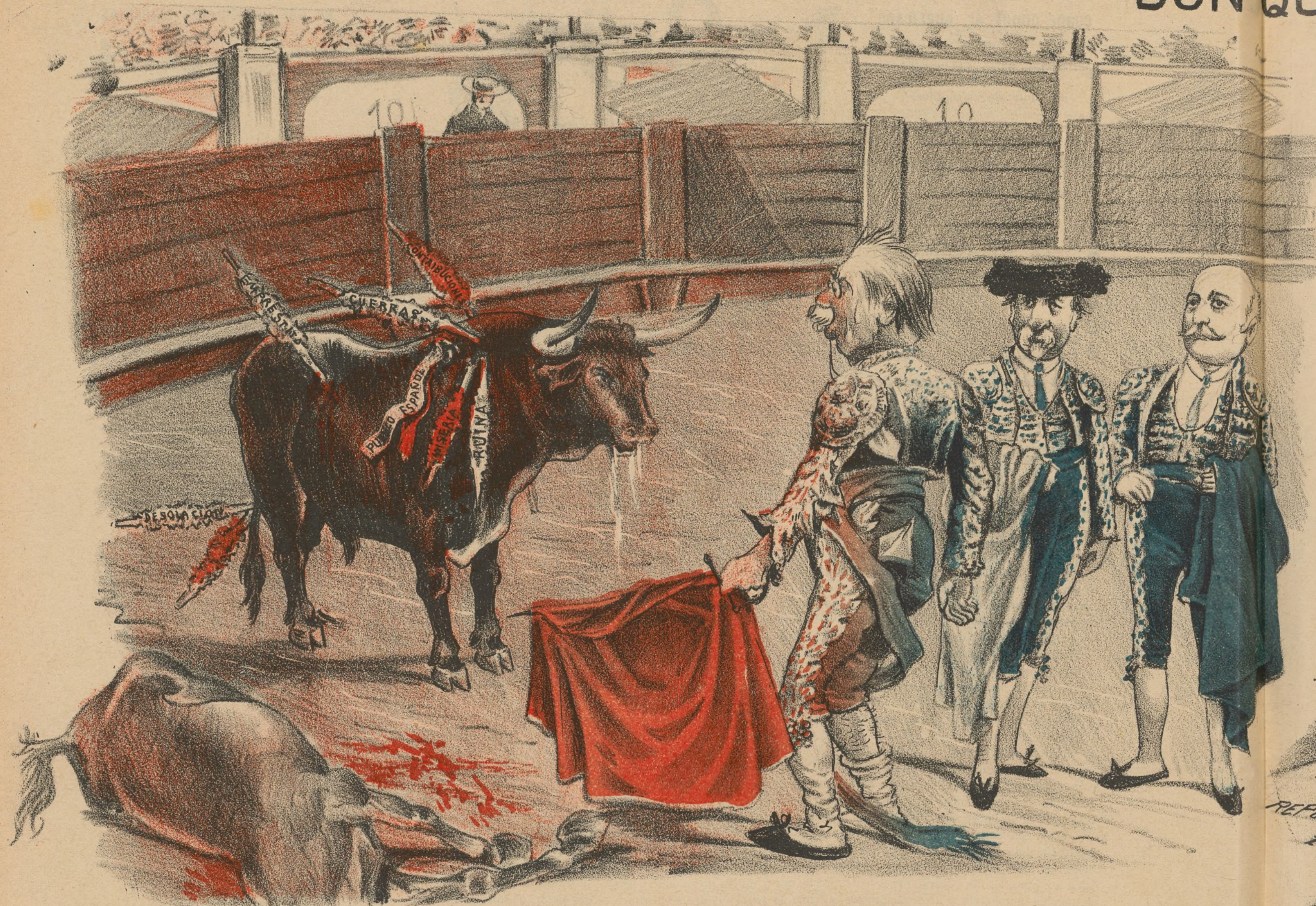
—Empezaré—dijo él—por el principio.

—¡Gran novedad!—interrumpió el crítico de la casa.

—¡Silencio! ¡Al orden! ¡Dejad hablar al preopinante!—clamaron muchas voces.

—Ante todo he de noticiar á ustedes que ya no hay Gobierno.

DON QUIJOTE



SILUETAS CUBANAS

Temporada taurina conservadora.



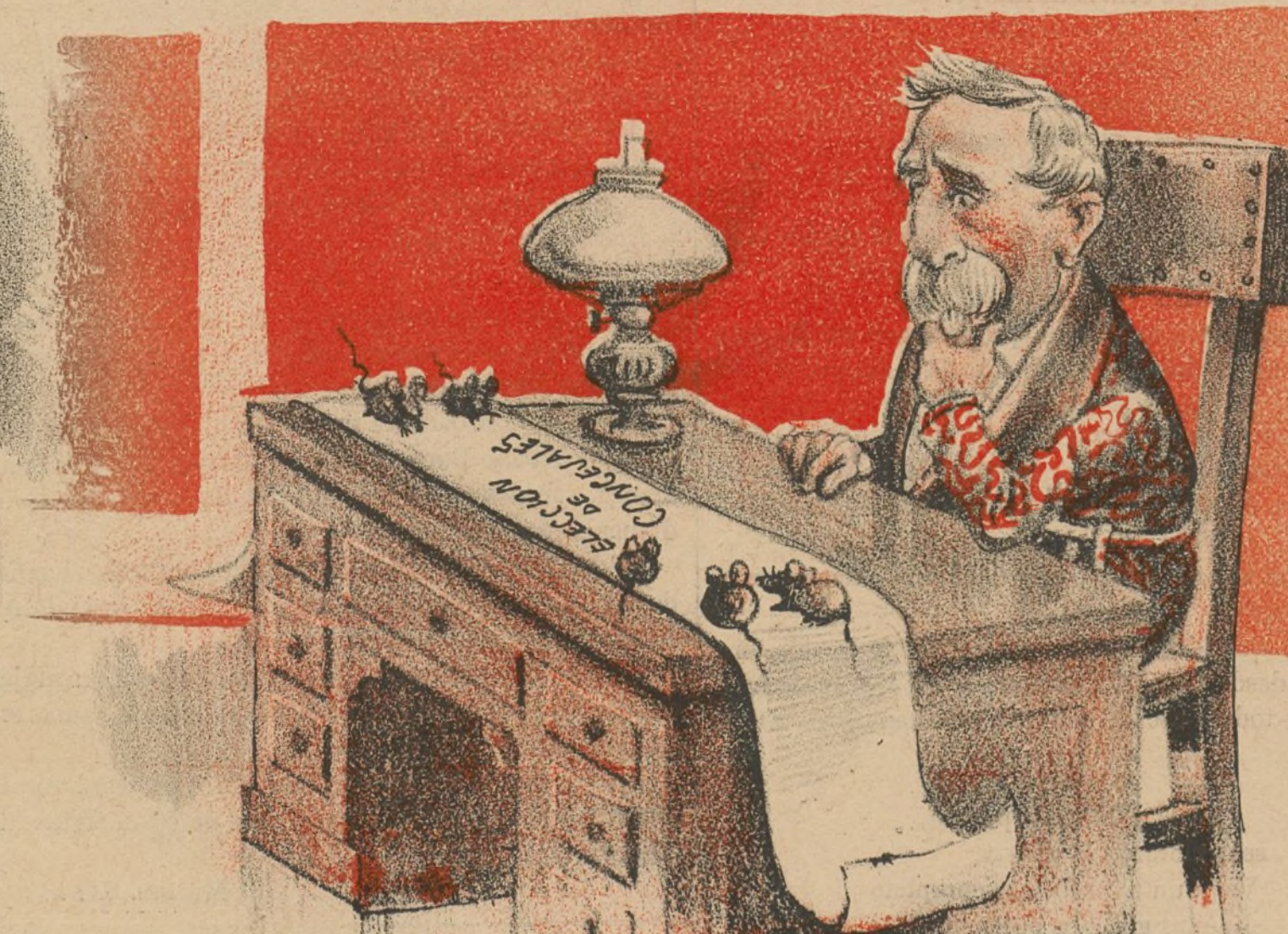
D. Ernesto Lecuona, director de *El Comercio*.



—¿Quiere usted un cigarrito?
—Gracias, no fumo.



—¿Cuándo llegará nuestra Pascua de Resurrección?

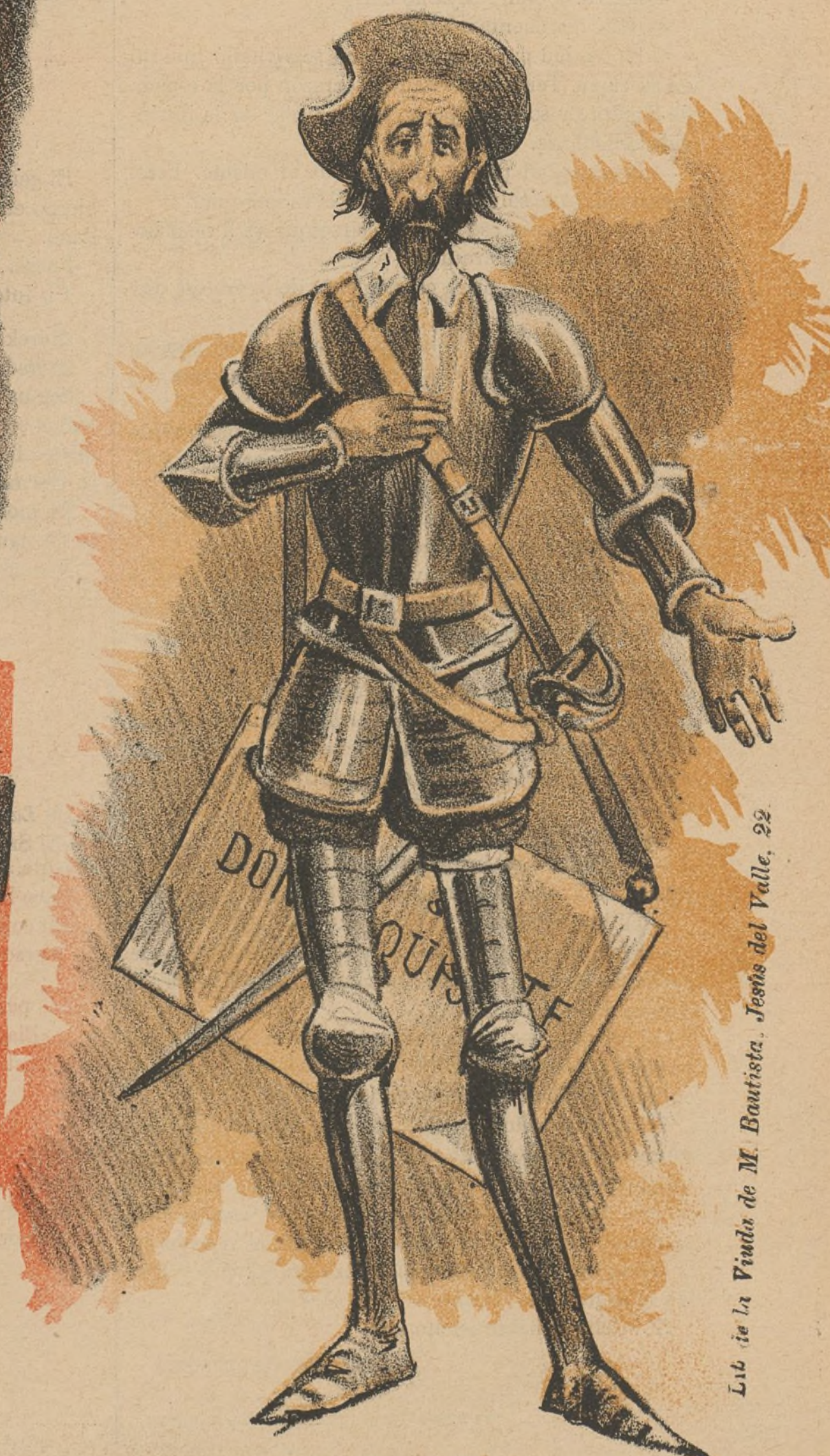


El encasillado municipal.

Ayuntamiento de Madrid



El rey de copas.



Don Quijote vota por la repatriación del soldado

—¿Cómo!
—No; dimitió Cánovas. Su fracaso era demasiado patente. La política de la guerra ha sido tan ineficaz como la guerra sin política. En su virtud, el Monstruo se ha declarado impotente. Más vale así. Y es lo mejor del caso que, con la caída del Gobierno, coincide la disolución del vetusto partido conservador.

—Pero, ¿y Romero, y Pidal, y Elduayen y todo el resto de la tropa?

—Romero se dedicará en lo sucesivo á hacer azúcar de remolacha. Pidal se ha amputado la diestra con que firmó la tolerancia religiosa y entra en inválidos. Elduayen, arruinado en la política, ingresará en un asilo. Cos Gayón se retira á curar sus achaques y á reparar en lo posible las injurias de los años. Tetuán va á los Estados Unidos, donde goza de grandes simpatías. Castellano vuelve á la nada, de donde no debió salir...

—¿Y Cánovas?

—Vuelta la vista á lo pasado, contemplando á dónde nos ha traído su continuación de la historia patria, el Monstruo, lleno de remordimientos, vacila entre ingresar en la Trapa ó recluirse en su Huerta para hacer penitencia, cultivando su jardín, según la recomendación de Voltaire.

—Entonces, Silvela...

—¡Ah! ese es hombre muerto para la política.

—¿Cómo así?

—Imbuído de su principio de selección moralizadora, el disidente conservador ha optado por empezar á practicarla eliminándose á sí mismo.

—¿Luego tendremos un Gobierno sagastino?

—Ya no hay Sagasta.

—¡Hombre!

—No; llamado á los consejos de la corona el viejo ex-miliciano ha declinado tal honor afirmando que no cabe gobernar sin soluciones ni principios, y que, en cuanto á él, ya no le resta sino atender á sus achaques y dejar deslizarse los últimos años de su cansada senectud entre sopitas y buen vino.

—¿Y los suyos?

—Disueltos. Gamazo á defender pleitos. López Domínguez á cuidar de los inútiles, cuidándose Montero á tocar la gaita. El siempre joven Canalejas piensa hacerse agente de negocios.

—Entonces habrá que apelar al saguntino.

—Martínez Campos ya no existe.

—¿Qué nos cuenta usted?

—La verdad pura. Ayer mañana se le halló muerto en su cama. Tenía atravesado el corazón por la espada de Sagunto y sobre su pecho un ejemplar de la infrin-gida Ordenanza.

—Descanse en paz el justiciero de sí mismo. Pero, muerto él, ¿qué solución le resta á la monarquía?

—Ninguna; por eso puede decirse que ya á estas horas no hay tal monarquía.

—¿Será llegado, pues, el momento de la famosa dictadura?

—No hay dictador. Polavieja anda malo del hígado. Weyler está abrumado bajo el peso de sus laureles.

—¿Luego vendrá don Carlos?

—¿Qué ha de venir! Los carlistas se han persuadido de que, si sería antipatriótico alzarse en armas mientras duren las guerras, no sería más meritorio el hacerlo cuando éstas nos hayan reducido al aniquilamiento.

—¿Quiere decir que tendremos la República?

—Exactamente. La gravedad de las circunstancias ha hecho el milagro. Los republicanos, unidos como un solo hombre, se preparan á recoger la herencia de la monarquía.

—Pero ¿y la situación económica?

—Los banqueros y agiotistas están decididos á hacer por la patria los mayores sacrificios, no teniendo por suficiente el de cobrar por los empréstitos intereses usurarios.

—¿Y lo de Cuba?

—Se acaba. Los insurrectos confían en la buena fe republicana para el planteamiento de la autonomía.

—¿Y lo de Filipinas?

—El archipiélago quedará tranquilo como balsa de aceite tan luego como de él hayan sido expulsadas las comunidades religiosas.

—Pero todo eso que usted anuncia—exclamó en tal punto uno de los presentes—parece delatar el imperio en nuestra patria del sano sentido común.

Y mientras todos los circunstantes reflexionábamos sobre la profundidad de esta sencilla observación, nuestro noticiero improvisado prorrumpió de repente en una de esas carcajadas histéricas, cuyos siniestros ecos, más desgarradores que el lamento del dolor ó el gemido de la desesperación, erizan en la cabeza los cabellos y hielan la sangre en las venas.

El infeliz se había vuelto loco.

ALFREDO CALDERÓN.

QUISICOSAS

Luciendo largos faldones,
vi el Jueves Santo, lector,
recorrer las estaciones
á un conocido señor
que tiene muchos millones.
Limosna le fué á implorar
un pobre y, sin vacilar,
al señor le oí decir:
«Hoy no es día de pedir,
hoy es día de rezar.»

* *

—¡Ya pasó la Cuaresma, ya ha pasado!
¡Muera el pescado! ¡Vivan las perdices!
—¿Pero ignoras que hay muchos infelices
que no comen ni carne ni pescado?

* *

—Por lo visto, ese que come
debe de ser gran político.
—¿Y por qué lo dices?

—¡Toma!
porque come á dos carrillos.

* *

—¿Qué carrera ha hecho tu esposo?
—¿Sabes una cosa, chica?
«Al que se arrima á buen árbol
buena sombra le cobija.»

* *

—¡Buen empleo tiene ya
tu amigo don Timoteo!
—¿Quién le ha sacado ese empleo?
—Su esposa te lo dirá.

* *

«De ésta no se morirá
—la dijo un doctor á Adela,—
pues con una sanguijuela
al punto se curará.»
Cuando esto su novio oyó,
que por cierto era empleado,
dijo muy entusiasmado:
«¿Una sanguijuela? Yo.»

VICENTE RUBIO.

LANZADAS

De un periódico:

«El abono á los toros de Madrid en la presente temporada pasa de 45.000 duros.»

Trasladamos la anterior noticia á los obreros que se mueren de hambre en Andalucía.

Para su satisfacción y efectos consiguientes.

Sánchez Toca se enfadó,
celebró sesión secreta,
y... nos condenó á sufrir
el servicio de limpiezas.

El general Borbón pregunta, qué interés tiene el gobierno en la agregación á Barcelona de los pueblos del llano.

Pues... ¡vaya usted á saber!
Un interés... módico.

¡Eureka!

Al fin ha aparecido en España un hacendista notable. Según telegramas de Sevilla, el primer premio de caballos sementales lo ha obtenido el llamado «Hacendista»; hermoso animal, propiedad de los Sres. Guerrero Hermanos.

De modo que no debemos extrañarnos del estado de la Hacienda.

Nuestro «hacendista» más distinguido pertenece á la clase de sementales.

—¿Os echáis al campo?

—¡Cál!
aún es pronto para eso:
ahora nos manda nuestro amo,
echarnos... al Parlamento.

De *La Época*:

«El Sr. Cánovas presta gran atención al conflicto de Oriente.»

Hace bien.

Así como así los conflictos que tenemos en España no merecen que les preste atención D. Antonio.

Los periódicos se hacen lenguas de la nobleza del toro «Playero», que se dejó montar en la dehesa por una ilustre dama de la aristocracia y por el diestro Reverte.

Y es, que se conoce, que esos periódicos tienen muy poca memoria.

Porque, queridos colegas, para nobleza la del toro *Pais*, que desde tiempo inmemorial se deja montar y torear por toda clase de políticos sin *empitonar* á uno solo.

Grecia y Turquía por fin,
se declararon la guerra.
¡Vaya un triunfo más completo
el de las grandes potencias!

El gran «Monte-Cristo» va á publicar un libro *bilín-güe*, con un prólogo de la Sra. Pardo Bazán.

El libro costará 50 pesetas.

Y suponemos que se venderá toda la edición.

Porque, ¡qué demonio! hay que proteger á los genios.

De *Kasabal*:

«Hoy el pañolón de Manila es un trofeo de victoria. Parece un tributo rendido á la mujer española, por los que los tejen en aquellas lejanas tierras.»

¡Por Dios, señor cronista! ¡que van á enterarse las damas de la aristocracia de que anda usted muy atrasado en materia de confecciones!

Porque esos pañolones no se tejen en Manila, ni en todo el Archipiélago, sino que se tejen y bordan en China.

Y... usted perdona la lección.

Al marcharse de Sevilla
donde ha pasado la feria,
exclamó un ex-orador:
¡quién fuera la Macarena!

Libros:

La *Colección Diamante* ha publicado un nuevo y hermoso libro, *La casa de Shakespeare*, original de nuestro gran novelista Pérez Galdós.

Citado este nombre, queda hecha la recomendación del libro.

Precio del mismo: 50 céntimos.

La Biblioteca de *La Irradiación* se ha enriquecido con dos nuevos libros, *Flores silvestres*, colección de artículos y poesías del conocido escritor D. Alejandro Benisa, y *Curiosidades sidéreas*, del gran Camilo Flammarion.

Estos dos nuevos tomos se hallan de venta en la sucursal de *La Irradiación*, Fuencarral, 106.

CARTA ABIERTA

Á RAMÓN DEL VALLE INCLÁN AUTOR DE «EPITALAMIO»

Ya sabe V., mi querido Valle, que los periodistas gozamos del derecho de ser indiscretos. Así, pues, me permito hacer pública esta carta, de carácter tan íntimo...

Y es que siento la necesidad, verdaderamente pueril, de que la gente se entere—¡como si á alguien le importara mi opinión!—lo que pienso á propósito de su último libro.

* *

Y comienzo saludándole á V. con las palabras que Augusta dirige al príncipe Attilio en la primera página de *Epitalamio*.

«¡Oh, siempre aparece en V. el poeta!»

Sí, porque su hermosa *Historia de amores*, tiene todo el sabor de la verdadera poesía, de la poesía que para merecer los honores de tal, no ha menester de las galas del verso.

Epitalamio, es á mi juicio,—y creo que esta opinión no es solo mía,—un poema en prosa que parece escrito, como los versos del príncipe Attilio, «sobre la espalda blanca y tornatil de una princesa apasionada y artista.»

Pero el público de nuestros días, amigo Valle, no está por las filigranas amorosas. Sé de mucha gente, en las cuales ha producido verdadera indignación la lectura de *Epitalamio*. Los eunucos, subidos al púlpito de la crítica, predicán un día y otro día en favor de una moral absurda. Se ha llegado á considerar como delito el ejercicio del amor, y como virtud la práctica de la castidad.

Los estériles é impotentes triunfan en toda la línea. Al que escribe lo que siente, sin preocuparse del juicio de los castrados, se le tacha de inmoral. En el ridículo *Índice*, formado por esos críticos neutros, figuran desde hace poco dos nuevos libros, *Genio y figura*, de Valera, y *Epitalamio*, de usted.

* *

A mí, que hago poco aprecio de esas cuestiones de moral, y que me preocupo sólo del arte, *Epitalamio* me parece un libro admirable.

Augusta—esa bacante fin de siglo, cinica y apasionada—y Attilio Bonaparte, ese sátiro de frac y corbata blanca, son dos creaciones dignas de usted, es decir, dignas de un gran poeta.

¿Y qué decirle de Beatriz, la niña angelical, engañada tan ineuamente por su madre, y de D. Juan de Alcázar, el marido filósofo?

Yo creo que por haber dado vida á esos personajes merece usted plácemes sin cuento de todos los amantes de la buena literatura.

Reciba usted los míos, y con ellos, si usted me lo permite, un beso ¡todo pureza! para la casta frente de Beatriz.

MIGUEL SAWA.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.